

Luisma Murias



La «Vaca biológica», una escultura de metacrilato de Cuco Suárez instalada en el Parque de Invierno de Oviedo.

El gato, la vaca y sus transcendencias

LUIS MEANA

Dice Burckhardt, en sus «Observaciones sobre la historia universal», que grande es lo que nosotros no somos, grandeza lo que no tenemos (podemos suponer que Trump no conoce esas reflexiones, razón por la que tiene en tan alta estima su falsa grandeza). Argumenta Burckhardt: un escarabajo que anda por la hierba considera gigante a un arbusto de avellano, falsa sobredimensión que le viene por ser él un diminuto escarabajo. Ningún ser puede esperar entender aquellas cosas que son demasiado grandes para su intelecto, por profundas, supremas o absolutas.

En un jardín de Gijón un ciudadano, no sabemos si místico o extravagante, había instalado una vaca de fibra de vidrio que, inclinada, fingía estar pastando en la hierba. Durante días y días un gato blanco y negro, atrevido «okupa» del jardín, observó obsesivamente a aquella vaca extraña que tanto le intrigaba. Daba vueltas una y otra vez a su alrededor tratando de encontrar una reacción previsible: un mugido, un latigazo con el rabo, una coz, un amago de cornada. Pero, por más que se esforzaba, incluidos arañazos, la vaca se mantenía absolutamente impertérrita. Después de días de esfuerzo baldío, el gato desapareció para siempre, vencido o harto, no sabemos, de la imposibilidad de resolver enigma tan extraño.

Nosotros, el pomposo «animal que habla» (Nietzsche), somos ese gato. Lo mismo que él no puede saber lo que es fibra de vidrio, ni que ese artefacto no es una vaca real sino una imitación / representación artificial que sirve para generar sensaciones bucólicas

(como paz y serenidad), tampoco nosotros podemos entender lo que nos trasciende: Dios, el infinito, el vacío, lo ingénito, el ser y no-ser, la unidad de los contrarios, la Historia, y muchísimas otras cosas. De las que sólo tenemos imágenes de vidrio o imaginaciones voluntariosas. Como el gato, somos incapaces de descifrar lo que nos supera. Lo curioso es que nosotros, peculiares escarabajos, nos resistimos a aceptar esa insuficiencia.

Teorías sofisticadas

Miramos al universo y desarrollamos todo tipo de conjeturas, hipótesis o teorías altamente sofisticadas sobre la creación, el orden del Universo, el alma, los atributos de Dios u otras transcendencias, que son infinitamente más grandes y profundas que un arbusto de avellano. De las que sabemos tan poco como sabe el gato de la vaca de vidrio. Pero seguimos considerándonos capaces de negar cualquier transcendencia. Sobre todo después de beber un par de tragos de ideología. Entonces pontificamos con «ostentórea» trivialidad. Nuestra nada —con independencia de que sea de personas o de pueblos— cae con demasiada frecuencia en la falsa grandeza. Para escapar de esa «docta ignorancia» (en fórmula del Cusano), los positivistas lógicos de los años 30 inventa-

ron, con bastante ingenuidad, una treta infantil que consideraron muy aguda: lo que no se puede comprobar empíricamente no es verdadero conocimiento. Es «metafísica», y carece por eso de interés, validez y sentido. Resultante: declararon irrelevante o inexistente a la mitad de lo que existe, o más. Lo que viene a ser como si el gato del jardín decidiese, dada su incapacidad para entender qué pasaba con la vaca de vidrio, que las vacas son un sinsentido. O no existen. Vista semejante soberbia y ligereza, no cabe extrañarse de que el siglo XX acabase despeñándose por el abismo más grande que ha visto la historia. Con sus guerras y salvajadas inmensas.

Como el escarabajo de Burckhardt, montamos ficciones sobre el mundo y la vida que, probablemente, tendrán poco que ver con la verdadera realidad de las cosas. Nos dejamos encandilar por arbustos filosóficos o políticos que aparentan grandeza sin tenerla: profetas, demagogos, pensadores de mucha moda, arribistas, genios salvapatrias o ambiciosos déspotas, que nos parecen gigantes, apreciación impropia pero propia de la defectuosa visión de los escarabajos. Advirtió Arendt que somos unos necios que pretenden saber lo que ningún ser humano puede comprender. Como los hombres encadenados en la Cueva de Platón, de los que habla «La República», nuestras ideas son las sombras que esos prisioneros ven reflejadas en la pared y toman por realidades. Sin serlo. Fantasmas intelectuales que los llevan a fabular osadamente y a sacar conclusiones erradas y fantásticas sobre el mundo y la existencia. ■

EL TRASLUZ

Un respeto para el dormitorio



JUAN JOSÉ MILLÁS

Las casas importan. De ahí el éxito de la expresión «volver a casa». La «Odissea» cuenta la vuelta a casa de Ulises tras la guerra de Troya. Gracias a ese deseo, el de volver, se escribió uno de los poemas fundamentales de nuestra cultura. Ulises afronta toda clase de peligros (monstruos, dioses caprichosos, tentaciones y naufragios) impulsado por la necesidad moral del regreso. Se juega su identidad en ello. Hay cientos de canciones que repiten este estribillo, el del regreso al origen. La Comunidad de Madrid acaba de adquirir la casa del poeta Vicente Aleixandre por su valor simbólico, la ha comprado por su valor simbólico. Las casas importan. Según Carlos Egea, experto en sueño, el dormitorio de la casa solo debe emplearse para dormir y para el sexo. Para tener dormitorio, claro, hay que tener casa. Y no hay casas. Veinte metros cuadrados no hacen una casa, hacen una mierda.

Una casa es un cuerpo; necesita espacio para el hígado, para las vías respiratorias, para el corazón y hasta para el aparato excretor, además de para la nevera y el armario en el que guardar la ropa interior. Una casa como Dios manda necesita un pasillo para que los fantasmas deambulen por él. Ya hemos renunciado a los pasillos, que es como renunciar a hablar con nuestros muertos y a negociar con nuestros miedos. Aceptamos que las casas modernas carezcan de pasillo porque para el mercado es un lugar inhábil. Para el mercado solo cuentan los lugares prácticos y los días laborables. Pues nada, métanse el pasillo por donde les quepa.

Pero respeten el dormitorio, por favor, señores arquitectos, señoras arquitectas. Respeten el dormitorio, que es el lugar del sueño y el del sexo, además del de las anginas o la gripe, cuando no el de la misma defunción. Hay gente que vuelve a casa solo para expirar porque la casa importa. La casa es el segundo cuerpo, la segunda piel. La casa no es una mera «solución habitacional», la casa es el destino. En la casa reproducimos la antigua cueva paleolítica, el lugar de la crianza de la plebe, el refugio contra las tormentas, el antídoto contra el desamparo. No hay derecho a la escasez de casas provocada por la avaricia del mercado. Yo salgo de viaje con el único objeto de regresar: de regresar a casa. ¿Adónde volver cuando se carece de ella? ■